

CAPÍTULO IV

LAS RESISTENCIAS INDÍGENAS Y NEGRAS

- | | |
|---|----|
| 1. Revueltas y movimientos mesiánicos indígenas | 52 |
| 2. La reconstrucción de las identidades étnicas | 54 |
| 3. Cimarrones y negritud | 56 |

CAPÍTULO IV

LAS RESISTENCIAS INDÍGENAS Y NEGRAS

El derrumbamiento de los imperios azteca e inca fue rápido y la conquista se transformó en una floreciente empresa de colonización. La destrucción de las civilizaciones precolombinas, el desmantelamiento de las estructuras sagradas, la desaparición de sus sabios marcaron para siempre a las poblaciones indígenas. La resistencia y la defensa de los imperios fueron ciertamente heroicos. Sin embargo, la derrota militar fue acompañada de un profundo trauma ligado a la incapacidad de los sacerdotes indígenas para poder explicar un drama de tal intensidad. Desde su punto de vista, la respuesta de los sacerdotes aztecas a los doce franciscanos españoles recién desembarcados en 1524 en la Nueva España fue revelador del impacto de la tragedia vivida: "dejadnos entonces morir ahora, dejadnos entonces perecer puesto que, desde este momento, nuestros dioses han muerto". Este sentimiento de muerte de los dioses indios, fue la consecuencia directa de la impotencia militar y cultural frente a la abrumadora superioridad técnica de los conquistadores. Ésta no pudo ser, a ojos de las elites indígenas, más que la manifestación de la superioridad del dios español y portugués. Asimismo, el rápido proceso de occidentalización de las mentalidades indígenas puede explicarse, en parte, por esta fatalista aceptación de la nueva relación de fuerza establecida por la conquista.

La relación de las poblaciones indígenas con sus nuevos amos no fue durante ese tiempo, en ningún caso, una simple sumisión. Por el contrario, la resistencia fue inmediata y constante; ésta se manifestó desde el principio de la colonización, por las revueltas, las rebeliones y los movimientos mesiánicos que agitaron a menudo a

las poblaciones indígenas. Pero hubo otra resistencia, simbólica esta vez, nacida en el corazón mismo del proceso de aculturación y de cristianización impuesto por los vencedores. Esta resistencia simbólica tomó la forma de la reconstrucción de las identidades étnicas en el seno mismo de las sociedades coloniales que se empezaban a instaurar. Por su parte, las poblaciones de esclavos negros provenientes de África, vivieron de manera similar este doble movimiento de lucha, buscando preservar una autonomía relativa en el seno del orden colonial.

1. *Revueltas y movimientos mesiánicos indígenas*

Sería muy largo enumerar las numerosas revueltas indígenas que sacudieron el imperio español a lo largo de la colonia. Solamente durante el siglo XVIII en la región andina, se pueden nombrar 140 diversos movimientos. Es cierto que estas revueltas fueron en gran parte esporádicas, limitadas en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, éstas manifestaron el rechazo de la creciente presión fiscal ejercida por la Corona sobre las comunidades indígenas, así como el rechazo a los funcionarios corruptos y tiránicos. En este rechazo participaba a menudo el sector mestizo de la población y, por lo tanto muchas de estas rebeliones no fueron solamente indígenas. Sin embargo, durante el siglo XVI, algunos movimientos pasaron de ser simples levantamientos a sublevaciones populares. Éstas fueron verdaderas tentativas de restauración de los imperios y de las sociedades indianas, sobre todo en los Andes. En esta forma, en el Perú, el indio Manco Inca y uno de sus hijos Huayna Capac, el último de los emperadores incas, intentó desde 1536 reestablecer el imperio. Juntando una armada de 50 mil hombres, alcanzó a sitiar por casi un año, al Cuzco, la antigua capital inca caída en manos de los españoles. Al fracasar el sitio, el último inca tuvo que renunciar a organizar un levantamiento general y se consagró a una guerra de escaramuza, desde la región de Victos, casi inaccesible aunque muy cercana al Cuzco. Victos fue, de 1537 a 1572,

el centro de la resistencia inca. Un templo construido fue consagrado al sol, y Victos se convirtió en el corazón "de una política consciente de rechazo del cristianismo y de reacción hacia el pasado".⁵

El virreinato del Perú vivió durante los años de 1560 una crisis profunda. La perpetuidad de la encomienda, la insuficiencia de la evangelización, la ineficacia de la administración real en una región cuya geografía era particularmente accidentada, donde pululaban los valles de difícil acceso, fueron algunos de los graves problemas a resolver. Asimismo, los rumores y proyectos de sublevación indígena general se propagaron fácilmente. Un movimiento milenarista, el Taqui Ongo, prosperó anunciando el fin del dominio español; pero las autoridades españolas lo reprimieron duramente y condenaron a los dirigentes a la enmienda pública o al exilio. Al mismo tiempo, la muerte del último inca, Tupac Amaru, decapitado por los españoles en 1572, después de haber recibido el bautismo en la plaza central del Cuzco, marcó el principio de la pacificación de ese virreinato. En cambio, los milenarismos y las tentativas de restauración del imperio inca perduraron. En pleno siglo XVIII, las insurrecciones indígenas resurgieron en los Andes; en particular, de 1780 a 1782, un nuevo jefe indígena se apropió del nombre de Tupac Amaru y reanimó la utopía andina del regreso del inca.

Al otro lado del continente, al norte de la Nueva España, en los territorios fronterizos, vastos y mal controlados por los españoles, una guerra estalló de 1541 a 1542 entre tribus indígenas nómadas y españoles. Este movimiento se expandió rápidamente y fue atribuido a las antiguas prédicas milenaristas de los brujos indígenas de las tribus "salvajes" chichimecas del norte. Fue sólo hasta el siglo XIX que estos últimos fueron sometidos por México y por los Estados Unidos de América.

La conquista española provocó, en los dos principales virreinos coloniales, unas resistencias bastante más

5 Wachtel, Nathan, *La vision des vaincus. Les indiens du Pérou devant la conquête espagnole*, Paris, Gallimard, 1971.

arraigadas que lo que dejaron entender los relatos de los cronistas de la época. Esta resistencia indígena a los márgenes del imperio colonial se manifestó, incluso más fuertemente, en la extremidad meridional del continente al sur del río Bio-Bio. Ahí, las tribus de indios araucanos que nunca habían sido colonizados por los incas, resistieron con ahínco e inteligencia a los españoles. Bajo las órdenes de uno de sus jefes, Lautaro, éstas lograron aún utilizar y mejorar las técnicas militares de los conquistadores,teniéndolos amenazados durante todo el siglo XVI.

Aunque la "pacificación" española triunfó desde el siglo XVII sobre toda la extensión del territorio colonial, las revueltas y las rebeliones esporádicas de indios y de mestizos, perduraron. Pero, la relación de fuerza asimétrica entre los medios militares puestos en uso por la autoridad colonial y el limitado carácter de los movimientos de protesta social, fueron siempre perjudiciales para los rebeldes. Una de la últimas grandes revueltas fue la de los indios mayas de Yucatán, en el sureste mexicano; durante la primera mitad del siglo XIX ocurrió una verdadera guerra de castas, animada por el antiguo milenarismo de restauración indiana, misma que terminó con sangre como todas las otras. La resistencia constante fue el signo evidente del rechazo al dominio colonial; sin embargo, frente a la imposibilidad de sacudir a los imperios coloniales en el plano militar, los grupos indígenas adoptaron y elaboraron otras formas de resistencia a través de la reconstrucción de sus identidades étnicas, afectadas por el descenso demográfico y por el golpe de la conquista.

2. *La reconstrucción de las identidades étnicas*

La conquista y la colonización modificaron considerablemente la vida cotidiana de las poblaciones indígenas. La destrucción de los viejos aparatos religiosos, la adhesión de la nobleza indígena al cristianismo y el derrumbe demográfico, contribuyeron a reforzar una aculturación acelerada. A esto se agregó el reagrupamiento forzado

de los indios en las villas (congregaciones y reducciones) alrededor de las iglesias y los conventos; con esto, se inició la desaparición de miles de vecindades indígenas y la reestructuración del espacio precolombino. Al mismo tiempo, el clero español dedicó sus esfuerzos no solamente a cristianizar, sino igualmente a extraer todo remanente de prácticas religiosas precristianas denunciadas como idolatrías.

A pesar de este conjunto de factores que permiten comprender las profundas mutaciones del universo cultural indígena, las prácticas religiosas y sociales no desaparecieron completamente; éstas fueron recompuestas por los indígenas dentro del nuevo contexto que les fue impuesto, como fue el caso en la Nueva España para el culto a la Guadalupe-Tonantzin. La cristianización de la imaginación indígena fue cierta y muy real. Sin embargo, ésta se hizo en un sentido sincrético, en la medida en que la división de los espacios en repúblicas de indios y repúblicas de españoles facilitó el proceso de reconstrucción de las identidades étnicas. Esta reconstrucción fue el fruto de un doble trabajo, como lo ha mostrado Carmagnani:⁶ por una parte, la reelaboración de la idea de un espacio indígena en torno a una geografía sagrada cuyo código era indígena; por la otra, la reconstrucción de la territorialidad indígena facilitada por la división del espacio, impuesta por los mismos españoles. A esto se agregó el desarrollo, por parte de las sociedades indígenas, de una economía propia con sus propias relaciones de producción y un intercambio entre grupos étnicos, así como con el sector español de la economía colonial.

Esta recomposición étnica se realizó según las normas jerárquicas del poder indígena integradas al orden colonial. Es por esto que, el proceso de recuperación de los valores étnicos se realizó en forma paralela a la reestructuración de un sistema político autoritario y vertical, que

6 *El regreso de los dioses, el proceso de reconstrucción de la identidad étnica en Oaxaca, siglos XVII y XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988

estaba en manos de los jefes indígenas tradicionales, los caciques y los curacas. De ahí, los límites de un fenómeno que favoreció, desde luego, a la recomposición étnica pero que fue esencialmente integrado al orden colonial. Al seno mismo de este orden, el territorio indígena reconstruido vino a ser un espacio de protección y enraizamiento, permitiendo defender a la población indígena contra la sobreexplotación de los grandes propietarios españoles. En la medida en que la jerarquía indígena se hizo garante del reconocimiento al espacio indígena por la administración colonial, ésta se convirtió en la cabeza visible de la identidad étnica. Desde entonces, los indígenas percibieron su etnicidad dentro de la estructura jerárquica, garante de su autonomía relativa. Es por esto que, al contrario de las revueltas y de los movimientos mesiánicos, esta reconstitución étnica fue la expresión de una resistencia pasiva en el seno de un orden colonial asimétrico. A la larga éste fue un elemento estabilizador que facilitó la integración del indio a un orden cuya verticalidad e inflexibilidad quedaron bien expresados por los cuadros de castas. En el seno del modelo orgánico colonial, construido sobre la diferenciación racial, el indio, si bien recompuesto en su identidad étnica, se encontraba siempre en la base de la pirámide social. Dominado, su identidad seguía siendo, no obstante, irreductible por haber llegado a conservar su territorialidad y sus valores garantes de su etnicidad. Por lo tanto, el indígena había resistido la asimilación en la medida en que seguía detentando un territorio propio, una geografía sagrada y una lengua conservada desde la época colonial.

3. *Cimarrones y negritud*

El mayor hecho de la colonización ibérica, así como de otros dominios coloniales europeos dentro del Caribe, fue la explotación y la degradación constante de la fuerza de trabajo indígena y negra. En las islas del Caribe y en Brasil, donde las poblaciones indígenas murieron rápida-

mente, la esclavitud de los negros importados de África sirvió de sustituto. Una de las constantes de la historia colonial fue precisamente la intensidad y la continuidad del tráfico de negros. Los cálculos sobre el número de esclavos africanos transportados hacia las colonias americanas, durante el periodo colonial, fluctúan entre cinco y doce millones según los datos seleccionados. Lo que sí es seguro, es que el tráfico no descendió hasta que la esclavitud estuvo definitivamente abolida, hacia finales del siglo XIX.

Lejos de ser esclavos dóciles y devotos de sus amos, como lo pintaron a veces las novelas del siglo XIX, los esclavos negros manifestaron un espíritu permanente de resistencia. Ésta tomó diversas formas: el suicidio, el aborto voluntario en las mujeres, el envenenamiento de los amos, la huida y la revuelta.

Numerosas rebeliones surgieron tanto en el Caribe como en el continente. Éstas fueron de dos tipos: espontáneas por una parte, cuando expresaban el rechazo al maltrato y a la sobreexplotación, y por la otra, organizadas y planificadas, cuando manifestaban también una resistencia cultural y política. Entre estos últimos movimientos, la revuelta de los esclavos haitianos, conducidos por Toussaint-Louverture, es la más conocida. Ésta triunfó en 1793 y desembocó en 1804 con la proclamación de la independencia* de la primera y única república negra de América, Haití. La revuelta, había comenzado en una ceremonia de vudú, la noche del 14 de agosto de 1791. A excepción de ésta, las revueltas no triunfaron nunca y no desembocaron nunca en un regreso a las raíces africanas.

En cambio, los esclavos fugitivos que abandonaban las plantaciones y las haciendas durante los trastornos políticos mayores o valiéndose de las luchas entre potencias coloniales rivales, alcanzaron a constituir sociedades originales. Los cimarrones, como se les denominaba, emprendieron la reconstrucción de sus sociedades sobre los modelos africanos. Estos modelos acarreados por la memoria colectiva africana, estuvieron constantemente renovados por el arribo de esclavos desembarcados de las

naves de los traficantes. De esta manera, la tradición oral y las prácticas religiosas subsistieron, mezcladas con los ritos cristianos impuestos por sus amos. La presencia de los cimarrones, bajo la forma de repúblicas negras, prosperó en Brasil, en la capitanía de Venezuela y en la Nueva España, así como en las posesiones inglesas (Jamaica), holandesas y francesas (Guyanas). Sin embargo, la mayor parte de las sociedades cimarronas desaparecieron a la larga, destruidas por las fuerzas armadas coloniales o absorbidas en la sociedad colonial por asimilación en las poblaciones vecinas, indígenas y mestizas, o después de haber concluido tratados de alianza con los gobernantes.

Como en el caso de las sociedades indígenas, la resistencia a largo plazo fue sobre todo cultural y tomó el perfil del sincretismo religioso. La diferencia propia a la negritud se manifestó en el seno de las sociedades coloniales, según el mismo principio experimentado por el sector indígena de la población, es decir, según el modelo orgánico de integración social, situando tanto al negro como al indio en la base de la pirámide social. Las repúblicas independientes de principio del siglo XIX, surgidas de un orden colonial dividido, no pusieron fundamentalmente en tela de juicio este estado de cosas, aun si ellas abolieron rápidamente la esclavitud. Estas continuaron percibiendo a los indios y a los negros como a unas "clases peligrosas", útiles solamente para ser sometidas a la fuerte explotación del trabajo. Sin embargo, la resistencia cultural tanto de los indios, como de los negros ha sido tal que, América Latina es hasta hoy día una Indo-Afro-Ibero-América.

naves de los traficantes. De esta manera, la tradición oral y las prácticas religiosas subsistieron, mezcladas con los ritos cristianos impuestos por sus amos. La presencia de los cimarrones, bajo la forma de repúblicas negras, prosperó en Brasil, en la capitanía de Venezuela y en la Nueva España, así como en las posesiones inglesas (Jamaica), holandesas y francesas (Guyanas). Sin embargo, la mayor parte de las sociedades cimarronas desaparecieron a la larga, destruidas por las fuerzas armadas coloniales o absorbidas en la sociedad colonial por asimilación en las poblaciones vecinas, indígenas y mestizas, o después de haber concluido tratados de alianza con los gobernantes.

Como en el caso de las sociedades indígenas, la resistencia a largo plazo fue sobre todo cultural y tomó el perfil del sincretismo religioso. La diferencia propia a la negritud se manifestó en el seno de las sociedades coloniales, según el mismo principio experimentado por el sector indígena de la población, es decir, según el modelo orgánico de integración social, situando tanto al negro como al indio en la base de la pirámide social. Las repúblicas independientes de principio del siglo XIX, surgidas de un orden colonial dividido, no pusieron fundamentalmente en tela de juicio este estado de cosas, aun si ellas abolieron rápidamente la esclavitud. Estas continuaron percibiendo a los indios y a los negros como a unas "clases peligrosas", útiles solamente para ser sometidas a la fuerte explotación del trabajo. Sin embargo, la resistencia cultural tanto de los indios, como de los negros ha sido tal que, América Latina es hasta hoy día una Indo-Afro-Ibero-América.